

su brutal verdad era demasiado odiosa para mantenerse por mucho tiempo; era necesario disfrazarla bajo alguna exterioridad de independencia y de autonomía, y únicamente al objeto de crear esta ilusión pensó en fundar tronos para sus hermanos, y en exigir principados en favor de sus generales y de sus funcionarios.

Mas, bajo esos nombres imponentes de reyes, de príncipes, de duques, de grandes y de pequeños feudatarios no debían ser todos esos hombres mas que los sometidos servidores de una centralización de hierro. Jactábase de que los pueblos serían víctimas de esas apariencias y que desde el momento que sus hechuras llevaron los títulos de soberanos independientes ya no se vería en ellos mas que representantes nacionales. Las naciones podrían, pues, creerse libres é independientes bajo la tutela de esta alta domesticidad de príncipes y de reyes que él mismo gobernaría como señor absoluto. Tal es en su espíritu y en sus rasgos esenciales ese famoso sistema federativo que se nos ha presentado como una concepción del genio y que no era mas que el miserable expediente del despotismo.

La ruptura de tantos lazos seculares, que unían los pueblos entre sí, y de los que se iba á disponer sin consultarles, el afectado desprecio por sus tradiciones, costumbres, y por los sentimientos que les unían á las viejas dinastías, por su dignidad patriótica, por sus queridas simpatías nacionales, la caída de sus instituciones, el cambio completo, en una palabra, que se introducía en todas sus condiciones de existencia suponía que, según una expresión de la que se ha abusado mucho, «que estaban maduros,» por lo menos hasta cierto punto, para esas transformaciones, que se les daba algunas compensaciones como si alguna cosa pudiera compensar la falta de libertad, en una palabra, que una revolución no menos radical se había operado en todas sus ideas y que se contaba con el apoyo de esta revolución para el éxito del nuevo orden de cosas que se les había impuesto. Pero nada de esto era exacto.

La tan ponderada exportación de los beneficios del *Código civil* no era en modo alguno propia para hacerles olvidar los males de la servidumbre, y en el caso mismo de mejorarles su administración simplificándola como en Alemania, sabían muy bien ver que era únicamente para hacer el ejercicio del despotismo más pronto y más fácil.

Napoleon ni un solo momento se había preocupado del verdadero estado de sus sentimientos y de sus opiniones. Acostumbrado á no ver jamás en los Estados mas que la fuerza organizada, á no tomar

en cuenta alguna las fuerzas morales, á no ver jamás las naciones detrás de sus gobiernos, de modo que por haber en Austerlitz matado algunos millares de hombres, creía que todo había acabado, y que ya no había nada más allá; porque una sorpresa le había entregado un campo de batalla, se imaginaba poder disponer como árbitro de las naciones europeas; porque había desarmado los gabinetes, creía poder tratar á los pueblos como un *caput mortuum* sobre el cual se opera á discreción, sin ocuparse un instante de sus voluntades, de sus intereses ó de sus conveniencias. Cualquiera que sea la explicación que se dé de este error, toma en tan poco tiempo tan brutales proporciones que no acredita menos su falta de perspicacia que la de su sentido moral.

Inauguró Napoleon su nuevo sistema con la deposición de la casa real de Nápoles. De Viena mismo apresuróse á notificar este suceso á Europa, tan pronto su arreglo con Haugwitz le hubo probado que no debía temer nada de Prusia. «El general Saint-Cyr,—dice en su Boletín XXXVII,—marcha á grandes jornadas sobre Nápoles para castigar la traición de la reina y precipitar del trono esa mujer criminal que, con tanto impudor, ha violado todo lo que es sagrado entre los hombres.» Hase querido interceder por ella cerca del emperador, éste contestó: «Aún cuando hubiesen de renovarse desde luego las hostilidades y debiera la nación sostener una guerra de treinta años, no puede perdonarse una tan atroz perfidia.»

Pero, si era una atroz perfidia de parte de esta reina haber roto de improviso el tratado de neutralidad, después de todos los sinsabores que le había causado por su parte Napoleon, ¿qué nombre merecía la conducta del mismo Napoleon, cuando en plena paz y en vísperas de concluir ese tratado de neutralidad, había dado orden á Saint-Cyr de marchar sobre Nápoles y de arrojar la corte al mar? ¿De qué lado habían venido las provocaciones, las exacciones, las violaciones de territorio, las violencias y los insultos que habían arrastrado á la reina á ese golpe desesperado? ¿No le había probado Napoleon de mil maneras, que estaba decidido á arrancarle su reino á la primera ocasión, no la había amenazado veinte veces con reducirla á la mendicidad, con no dejarle en sus Estados espacio bastante para levantar en ella su tumba? ¿Podía ignorar que estas amenazas estuviesen á punto de ejecutarse y que la guerra continental había sólo obligado á Napoleon á aplazar el efecto? En fin, al insertar en el *Moniteur*, ese tratado de neutralidad dictado por la fuerza,

no había su enemigo deliberadamente hecho saber «que el interés de Francia aconsejaba asegurarse de ese reino por medio de una conquista tan útil como fácil?» ¿Era verosímil que Bonaparte, con su carácter y sus antecedentes, fuera hombre para privarse durante mucho tiempo de esa conquista útil, fácil y aconsejada por el interés de Francia?

Era, pues, la deslealtad de la corte de Nápoles el resultado obligado de una perfidia mucho más odiosa, pero que había sabido ocultarse con bastante habilidad para engañar á los espíritus superficiales.

La traición de la reina de Nápoles pasó en seguida al estado de hecho indiscutible, y Napoleon aumentó esta impresión con el ruidoso aparato que dió á una cólera simulada. Sus soldados, mandados por Massena, Saint-Cyr y Reynier marcharon á Nápoles con la convicción de que iban á derribar la personificación misma de la impostura y de la mala fe, cuando no iban sino con sus manos republicanas, á levantar un nuevo trono, que desde hacía mucho tiempo, destinaba Napoleon á su hermano José, el principal de esos grandes feudatarios que debían agruparse al rededor del nuevo imperio de Occidente.

A consecuencia de esta conquista que, como Napoleon lo había predicho, no podía ser más que fácil, pero que no se hizo, sin embargo, sin llevar á sangre y fuego varias provincias, Italia entera se encontró sometida á la dominación francesa. De todos los antiguos soberanos italianos, el papa Pío VII solo se figuraba tener todavía Estados en la península, pero no se le dejó mucho tiempo en esta ilusión. Ese pontífice había querido hacer un Carlomagno. Había trabajado con todas sus fuerzas á la elevación y grandeza de Bonaparte. A pesar de la reprobación de todos los católicos sinceros y á pesar de los escrúpulos de su propia conciencia, había ido á París á cubrir al asesino de Vicennes con el prestigio de la religión, en la esperanza de que esta potencia, temible á todos, sería sólo para él protectora y bienhechora; era, pues, tiempo de que recibiera su recompensa.

Ulcerada de todos los contratiempos que había experimentado en París durante su permanencia, nada directamente había dicho, pero se había prometido tomar la revancha, y la ocasión era fácil de encontrar gracias á las relaciones que había establecido el Concordato entre la corte de Roma y el gobierno francés. Ofreciósele, empero, casi inmediatamente bajo la forma de una requisitoria que le dirigió Napoleon con el objeto de hacer anular el matrimonio de Jerónimo con la de Patterson. Ese

matrimonio podía anularse civilmente sin grandes dificultades, pero el lazo religioso subsistía, y sólo podía desatarlo la autoridad eclesiástica. Napoleon no vaciló en pedir al Papa la disolución del matrimonio, persuadido de que no se le negaría ese pequeño servicio, después de todas las concesiones infinitamente más escabrosas que se le habían hecho.

Había, en efecto, la corte de Roma varias veces probado, particularmente en esta materia, con que facilidad sabía, cuando en ello encontraba ventajas, acomodar sus máximas á las circunstancias y autorizar excepciones á sus reglas mejor establecidas. Aquí no se le pedía tanto, pues Napoleon había unido á su petición una consulta de casuistas de renombre y del propio teólogo del Papa, demostrando, conforme las decisiones del mismo derecho eclesiástico, la nulidad de esta unión. Pero con gran sorpresa y no menor irritación, encontró en este punto, en Pío VII una repugnancia invencible. El mismo pontífice escribió al emperador una carta llena de las más tiernas protestas de amistad, reconoció expresamente «que había una causa canónica de nulidad en la clandestinidad del matrimonio,» conforme un decreto especial del Concilio de Trento. Desgraciadamente las más minuciosas y profundas investigaciones, no pudieron establecer que ese decreto se hubiese publicado jamás en la ciudad de Baltimore, y por consiguiente se excusaba con dolor de no poder pronunciar la anulación del matrimonio. Obrando de otra manera, «se hacía culpable de un abuso abominable delante del tribunal de Dios.»—Junio de 1805.

Ese escrúpulo inesperado de una conciencia que se había mostrado muy acomodaticia, en unos negocios mil veces más graves, había enfriado las relaciones entre Napoleon y la corte de Roma. Esto no era más que el principio de las hostilidades. De un lado como del otro, en la época de la consagración como en la del Concordato, había demasiados cálculos, artificios, y calculadas reservas y pensamientos reservados, ó por mejor decir, sobrados engaños, para que el disimulo pudiera continuar por mucho tiempo.

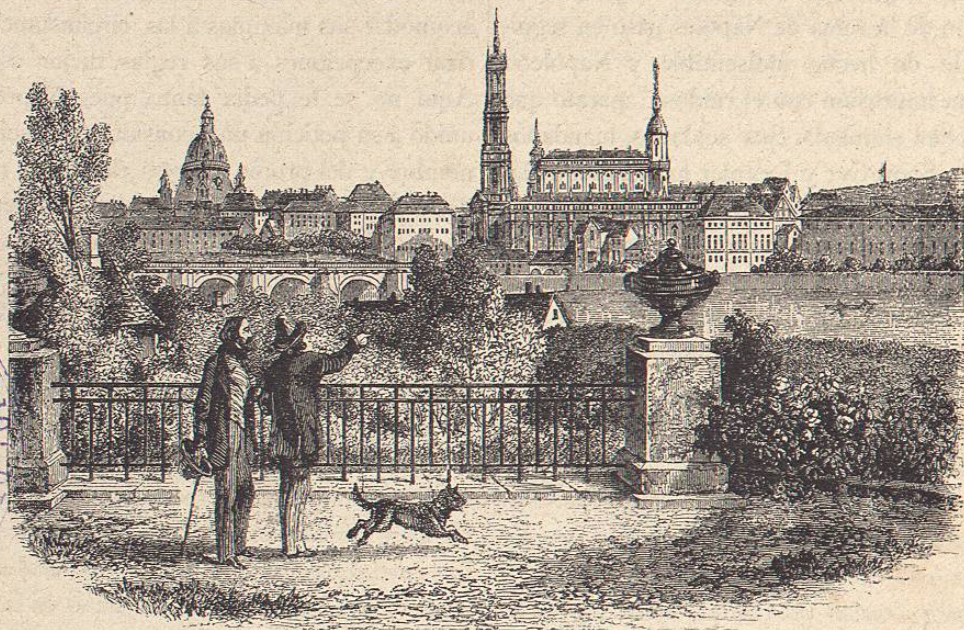
Napoleon al entrar en campaña contra el Papa, trata sus Estados con su acostumbrada desenvoltura respecto de los Estados débiles; hizo ocupar Ancona por un destacamento de Saint-Cyr, sin ni siquiera tomarse el trabajo de dar aviso al gobierno pontifical. Ese procedimiento no tenía nada de nuevo de parte de Bonaparte, y al ir el Papa á París á consagrarlo no hizo otra cosa más que sancionar y



y coronar, en su persona, una larga serie de procedimientos del mismo género; pero cuando él mismo se sintió víctima de esa clase de hazañas, principió á encontrarlas menos gloriosas. Escribióle, pues, el 3 de Noviembre, para protestar contra la toma de posesión de Ancona y para quejarse «de las amarguras y desazones con que le abrumaba después de su regreso de París, de la poca correspondencia que encontraba en S. M. por los sentimientos que le había manifestado,» en fin, por reclamar

los derechos de una neutralidad que toda Europa había reconocido y respetado.

Napoleon no respondió al Papa sino después de Austerlitz. La carta del Papa le había llegado en medio de todos sus proyectos de restauración del imperio de Carlomagno, en plena fantasía carlovin-gia. El Papa había entrado, por una mitad con Na-poleon, en esta grande parodia histórica, había evocado, con una complacencia ilimitada, el nombre y los recuerdos de Carlomagno en tanto pudo esperar



Dresde

sacar provecho para su propio poder, ahora iba á conocer el peligro de esos anacronismos ambiciosos y experimentar lo que era un Carlomagno en una época sin creencias.

La respuesta de Napoleon, bien que guardando todavía algunos miramientos de forma, hizo hundir de un solo golpe todo el andamiaje de las ambiciones pontificales. Al hacer su pacto con el Papa, Carlomagno había tratado realmente de potencia á potencia, porque detrás del pontífice, había otra cosa que el pequeño Estado romano, había el mundo de los creyentes. Detrás de Pío VIII, por lo contrario, no había mas que una religión debilitada, una autoridad espiritual espirante. La numerosa fuerza moral que se personificaba en sus predecesores y que les permitía hacer frente á los señores del mundo, no era mas que una sombra y no valía por tanto para imponerse á Napoleon. Los dos poderes que habían llenado la Edad media con sus hechos, estaban colocados frente á frente; todos dos eran un contra-

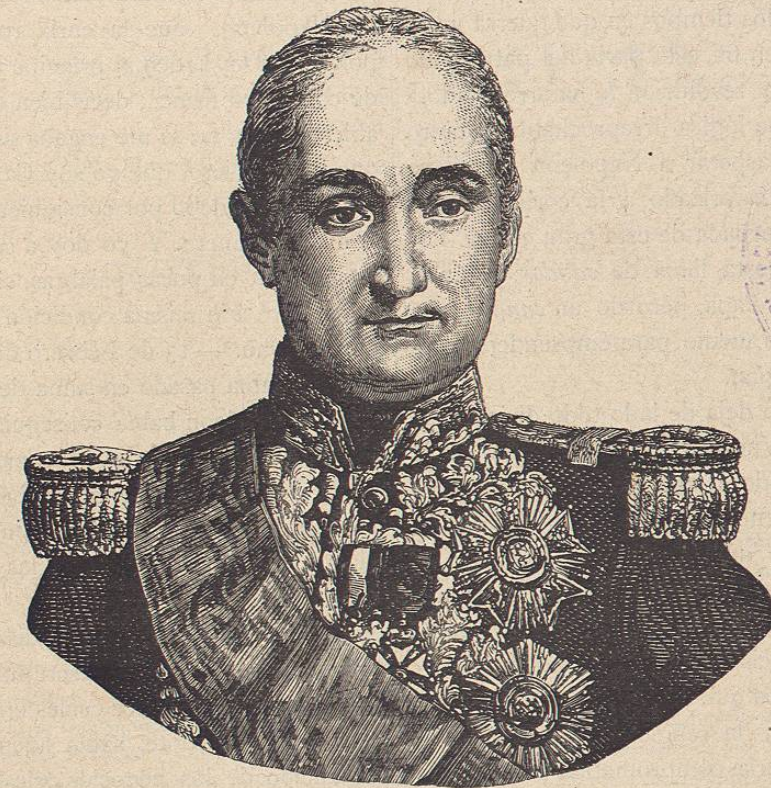
sentido poco duradero en el mundo moderno; pero uno estaba armado de una potencia material incalculable, y el otro no era más que un recuerdo y una especie de exhumación arqueológica. El sueño del papado debía ser el primero en desvanecerse, pues, cuando Bonaparte invocó, para justificar la ocupación de Ancona, sus deberes, «de protector de la Santa Sede, de sucesor de los reyes de la segunda y tercera raza,» se apoyaba por lo menos en una fuerza real, que era su espada, mientras que Pío VII no era más que un soberano de un imperio imperial inimaginable.

Napoleon dió á entender claramente al Papa que, si el había tratado á la Santa Sede con poca ceremonia, Pío VII no debía quejarse de ello si no á las repulsas «que él había experimentado de su parte en toda clase de asuntos, hasta en aquellos que eran de primer orden para la religión, como por ejemplo, cuando se trató de impedir que el protestantismo levantara la cabeza en Francia. «Alusión perfecta-

mente inexacta á la reversibilidad posible de la corona de Francia sobre la cabeza de los hijos protestantes de Jerónimo, por cuanto Jerónimo había sido excluido de la sucesión imperial. Pero él continuará protegiendo á la Santa Sede, á pesar de las repulsas, de la ingratitud y las malas disposiciones de los hombres que se han desenmascarado durante esos tres meses, y que le habían creído perdido... Por lo demás S. S. era libre de escoger la preferencia de los ingleses ó la del califa de Constantinopla;

pero no ha querido exponer al cardenal Fesch á disgustos, lo hará reemplazar por un seglar,»—7 de Enero de 1806.

En otra carta, escrita el mismo día al cardenal y que éste debía comunicar á la corte romana, Napoleon explica todavía con más claridad la naturaleza de esta «protección» que en adelante se proponía imponer á la Santa Sede... «Puesto que esos imbéciles, le decía, no encuentran inconveniente en que un protestante pueda ocupar el trono de Francia



JERÓNIMO BONAPARTE



yo les enviaré un embajador protestante... Yo soy religioso, pero no soy beato. Constantino separó lo civil de lo militar, y yo puedo también nombrar un senador para mandar en Roma en mi nombre... Para el Papa, yo soy Carlomagno, porque, como Carlomagno, reuno la corona de Francia á la de los lombardos, y mi imperio confina con el Oriente... Yo no cambiaré nada en las apariencias, si se portan bien; de otro modo reduciré al Papa á no ser más que el obispo de Roma.»

Pío VII, en quien las inspiraciones del despecho llevaban todavía ventaja á las del miedo, respondió á Napoleon, rechazando, con un redoblamiento de unción y de dulzura, reproches que él sabía muy bien que no eran más que pretextos, excepción hecha de la queja relativa al matrimonio de Jeróni-

mo. Sobre este punto, si él había contrariado las intenciones del emperador, «era á pesar suyo y únicamente porque no había encontrado nada en las leyes divinas que le permitiera seguir la inclinación natural de su corazón.—29 de Enero de 1806.— Por otra parte, negaba, y esto con más verdad, haber dado el menor acogimiento á los enemigos del emperador ó «haber creído jamás perdida á Su Majestad como le reprochaba en su carta.» En efecto, Pío VII le había escrito en el momento en que entraba como vencedor en Viena, y cuando la victoria de Ulm hacía mucho tiempo que era conocida:

Pasando entonces á otro orden de ideas, en vez de discutir la singular teoría del protectorado, emitida por Bonaparte, se contentaba, por una de esas ironías profundas y cubiertas que son familiares en